

# SON SOLES Ó NEGA LLEVARÁ TU NOMBRE



Un destino marcado por la traición.  
Una pasión capaz de cambiarlo todo.

Sonsoles Ónega



Llevará tu nombre

## CAPÍTULO 1

---

El cuerpo de la hermana de la señora Stuart, atado de manos con dos nudos de ocho, flotaba a diez metros de la orilla de la playa de Comillas, a la altura de la caseta de baños preparada para el rey Alfonso XII. Las gaviotas revoloteaban alrededor de la joven Sarah Stuart y las olas, suaves y aún adormecidas, la acunaban en una danza fúnebre.

Acababa de terminar el primer oficio religioso de San Cristóbal y no se hablaba de otra cosa que de la inminente visita del monarca, invitado por don Antonio López y López, primer marqués de Comillas. Recibir a un rey otorgaba a Comillas la misma categoría que a San Sebastián o Biarritz.

Las mujeres recogían las hogazas del domingo y los hombres se preparaban para jugar unos bolos contagiados de idéntico entusiasmo. Nada hacía presagiar la desgracia hasta que Felisa, la panadera del Corro Campío, vio llegar a dos agentes uniformados con la inquietud en los labios.

—¿Pasó por aquí alguien de la familia Riva? —quiso saber uno de ellos.

—Déjeme hablar con mi hija —contestó Felisa.

La mujer corrió a la trastienda del despacho de pan y ultramarinos y, con la voz embarrada de agitación, preguntó a su hija:

—¿Viste a Madalena Riva o a su prima Soto?

—Aquí no entró ninguna de las dos, madre. Pero vi a Soto a la salida de la iglesia.

—¿Hablaste con ella?

—Nos dimos los buenos días.

—¿Dijo adónde iba?

—No lo dijo.

—¿No dijo si volvía a su casa?

—Le digo que apenas hablamos, madre —insistió la hija de la panadera, enfrascada como estaba en colocar los sacos de grano.

Felisa volvió al mostrador, donde las señoras devoraban el rumor que ya se había extendido como enfermedad mala. Trató de controlar el inoportuno temblor de párpados que siempre delataba su nerviosismo.

—No, señores —respondió la panadera—. Mi hija solo vio salir de la iglesia a Soto. ¿Qué pasó, pues, para tanta urgencia?

Resultaba raro en ella que no supiera nada porque era la primera en enterarse de los chismes de la villa. Pero aquel día Felisa ignoraba el suceso que recorrería hasta el último de sus rincones y llegaría a Madrid, a la mismísima corte del soberano.

—El cuerpo de la hermana de la señora Stuart ha aparecido flotando en la playa —susurró una de las clientas de Felisa para el ribete de su abrigo.

—¿Sarah? —preguntó otra con sorpresa—. ¿La que acaba de llegar de Inglaterra?

—La misma —contestó la primera.

—¡Madre mía! —exclamó una tercera mujer.

En eso, Soto entró en la panadería con varias monedas que sonaban entre sus dedos. Vestía de día de guardar, traje de terciopelo y un sombrero de fieltro que cubría su melena recogida a la altura del cuello.

—¡Soto! —exclamó Felisa abalanzándose sobre ella—. Estos señores te están buscando.

—¿A mí? —se extrañó la joven.

—¡Vamos! ¡Al despacho del comisario! —se apresuró a decir uno de los uniformados.

La agarraron por el codo y se la llevaron sin mediar palabra. No tuvo tiempo ni de rechistar.

## CAPÍTULO 2

---

El bueno del comisario Manuel Roda era temido por sus malas maneras. Nadie se metía en líos por miedo a verse delante de sus barbas ralas, sus ojos pequeños y desviados, y su nariz desproporcionada, sobre la que reposaban unos anteojos que, de cuando en cuando, utilizaba para leer los informes de los vagos y maleantes que deambulaban por Comillas. Eran pocos y por todos conocidos.

Nada más verla, Roda analizó a Soto. La miró varias veces de arriba abajo sin decir nada hasta que le ordenó sentarse.

—Ahí.

Señaló una silla con la barbilla, carraspeó varias veces y siguió escudriñándola unos minutos más hasta que, por fin, empezó a hablar.

—Soto, Soto —dijo repasando la ficha y relamiendo las palabras—. Prima carnal de Madalena Riva Fernández. Sobrina, por tanto, de don Santiago María Riva de Bartolomé. ¿Es así?

A pesar de conocer la respuesta, el comisario siguió a rajatabla el protocolo del interrogatorio.

—Así es, señor.

—Llámame comisario Roda, jovencita.

—Así es, comisario Roda —repitió Soto.

—¿Dónde está tu prima?

—Debe de estar en su casa, digo yo...

—¿Cuándo la viste por última vez? ¿Quizá anoche?  
—Volvió a carraspear—. ¿Dónde estuvisteis anoche?

—Yo estuve con mi madre. No se encontraba bien. La ayudé con la cena.

—Tu madre, Edelmira Fernández... —Aunque la conocía de sobra, recalcó su nombre—. ¿No saliste para nada después de cenar con ella?

—Luego salí, sí, comisario —confesó ella.

El hombre tosió otra vez y una flema le brotó hasta la boca. Sacó un pañuelo de paño blanco del pantalón y la escupió. Soto se revolvió en la silla.

—¿Saliste sola?

—No —admitió la joven—. Salí con mi prima Mada.

—¿Y qué hicisteis? ¿Voy a tener que sacarte las palabras con sacacorchos? Estuvisteis en la playa con los marineros, ¿no es así?

—Apenas media hora.

—¡Pero estuvisteis las dos! —exclamó con impaciencia—. ¿A qué hora volvisteis a casa?

—Yo volví de madrugada —dijo Soto con voz de vergüenza.

—¿Sola? ¿Y tu prima?

—Nos separamos, imagino que se iría a casa.

—¿Y te dejó sola? —rugió el comisario.

—Sola no. Me quedé con un marinero.

—¿Con Andresito Peláez?

—No, con él, no. Con otro marinero de su barco. No miento, se lo juro.

—No mientes, no. Coincide con lo que nos ha dicho Andresito Peláez. Te vio irte con otro. A quien no vio irse de la playa, la escena del crimen, fue a tu prima.

Un escalofrío le recorrió a Soto todo el cuerpo.

—Pero, comisario, ¿crimen? ¿Qué crimen?

—¿Conoces a la señora Jane Stuart? —siguió Roda con el interrogatorio, ignorando las preguntas de la joven.

—¡Claro! —exclamó ella—. Jane es la madrastra de mi prima Mada.

—Por todos apreciada en esta ilustre villa de Comillas.

—No sé si por todos... —susurró Soto para sus adentros conteniendo las palabras antes de ser pronunciadas.

—¡No se merece este sufrimiento! —bramó el comisario ante el asombro de Soto, que no entendía a qué venía ese lamento—. ¡Nadie se merece lo que han hecho con su hermana, Sarah!

—¿Y qué le han hecho, comisario? Perdóneme, pero no sé de qué me habla.

En ese instante, uno de los guardias que había dirigido a Soto hasta el despacho del comisario entró sin llamar a la puerta, una mala costumbre que no conseguía corregir pese a las reprimendas de Roda. Parecía ansioso por trasladar la noticia.

—¡Comisario Roda! La hermana de la señora Jane Stuart presenta un golpe fuerte en la cabeza.

—¿Podemos confirmar que fue eso lo que la mató?

—Sí, señor. Murió de la contusión —contestó el hombre.

—¿Con qué la golpearon?

—Quizá con una piedra. El asesino debe de ser alguien muy fuerte.

—O asesina. Con los datos que tenemos, el crimen ha podido cometerlo una mujer. No sabe hasta dónde puede llegar la maldad femenina —añadió Roda.

—No lo dudo, no lo dudo —dijo dos veces el guardia antes de seguir informando a su superior—. Pero en la playa no hemos encontrado nada.

—Es decir —recapituló Roda—, que de momento solo tenemos la declaración del marinero Andresito Peláez.

—El comisario repasó los papeles de la declaración—. Vayamos punto por punto. Relata haber visto a las primas Riva en la playa con un grupo de marineros. Después el grupo se dispersó. Soto se marchó con uno de ellos y a Mada no volvió a verla. Pero cuando él abandonó la playa, le sorprendió que una mujer merodeara cerca de la orilla, apenas unos segundos después de que la pobre Sarah Stuart profiriera el grito de dolor que antecedió a su muerte. Una mujer cuya descripción física, curiosamente, responde a la de Mada Riva.

—Es correcto, comisario —volvió a asentir el subordinado de Roda con la cabeza.

La revelación dejó helada a Soto. *Pero ¿qué está diciendo este hombre?*, se preguntó en voz baja. Repasó la secuencia de la noche en su cabeza. En efecto, ella estuvo en la playa con los marineros, pero no oyó esos gritos a los que se referían el comisario y el marinero Andresito Peláez, conocido por sus borracheras. Su prima la había acompañado, pero apenas estuvieron juntas media hora porque Mada estaba nerviosa y enseguida se arrepintió de haber incumplido la prohibición expresa de salir de noche.

«Es verano, Mada, y no vamos a hacer nada malo. Te presentaré a mis amigos. ¡Lo pasaremos bien!», la provocó Soto.

Y Mada cayó en la tentación. En cuanto terminaron las cenas, se escabulló del comedor, se encerró en su habitación y saltó a los jardines con la ayuda de Soto, que, tal y como convinieron, estaba esperándola.

«¡Como no pueda entrar, mi padre me mata!», dijo Mada con preocupación.

«Entras por las cocinas, tonta. Tu padre ya estará durmiendo».

Las palabras retumbaban ahora en la cabeza de Soto. ¿Por qué la engatusaría?

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó el comisario al guardia.

La pregunta despejó a la joven y la sacó de cuajo de sus pensamientos.

—Están lavándolo para velarlo en la residencia de don Santiago Riva. El alcalde ya ha informado a la familia. La señora Jane Stuart ha acudido a identificarla y ha querido denunciar expresamente el robo de las joyas que llevaba su hermana; a saber: unos pendientes de brillantes y una pulsera de oro macizo, regalo de su madre. Quien la haya asesinado se lo ha llevado todo.

—¿Han podido interrogar a la señora Stuart? —quiso saber Roda.

—Solo hemos podido hablar con ella en ese trámite, comisario. No tiene fuerzas ni para hablar, pero sí ha insistido en ese detalle de las joyas que puede resultar sumamente valioso. Le hemos ofrecido nuestras condolencias y nos hemos puesto a su disposición.

—Han hecho bien, muy bien —alabó el comisario.

—Está descompuesta. ¡Imagínese! Qué manera de morir.

Sarah Stuart, única hermana de Jane, había hecho una parada en Comillas antes de embarcarse en Santander rumbo a Inglaterra. Sarah padecía de los bronquios y los médicos le habían recomendado baños de sol, de modo que había pasado una temporada en el sur de España, muy atractivo para los británicos por su clima templado, y cuando se disponía a volver a su país, improvisó el itinerario para reencontrarse con su hermana Jane y su familia. Una mala decisión.

—Lo pagará. ¡Quien haya sido pagará este crimen! —El comisario Roda dio un golpe en la mesa que removió la montaña de papeles, las plumas y los tinteros.

Soto, aún aturdida por la noticia, era incapaz de derramar una lágrima de compasión o pena, de pronunciar una palabra que indicara estupor o asombro. Cualquiera cosa.

—¿No vas a decir nada, Soto? Ahora ya sabes qué pasó—dijo el comisario mientras se ponía de pie para recolocarse el uniforme.

Llevaba demasiadas horas sentado a esa mesa de trabajo. Recorrió el despacho con las manos entrelazadas a la espalda.

—Señor Roda, perdón, comisario, yo no tengo nada que ver con este crimen. No conozco a Sarah Stuart porque desde hace un tiempo Jane no nos invita a su casa y, por no enfurecerla, comulgamos con ruedas de molino... —suspiró ella—. Usted...

—¿A qué te refieres? —la interrumpió Roda.

Soto retomó su relato sin importarle la pregunta del comisario:

—Usted desconoce lo que pasa en esa casa desde que mi tío se casó con Jane Stuart. Ha sido la desgracia de nuestra familia.

—¿A qué te refieres? —volvió a preguntar el uniformado con evidente interés.

—Jane es muy..., es muy... —La joven se echó a llorar como si las lágrimas hubieran estado esperando el momento preciso—. Jane no nos quiere. No me quiere a mí y no quiere a mi madre solo porque es la hermana de mi tía María, la primera esposa del tío don Santiago, que en paz descanse. Y, por supuesto, no quiere a mi prima Mada porque Mada es tan hermosa como su madre y le recuerda a ella. Solo por eso la odia. La odia con una rabia inhumana que no puede controlar, comisario. Créame. Solo Dios sabe por qué puso a Jane en la vida de mi tío.

Soto quiso recomponerse, pero en cuanto empezó a

hablar del tormento de su familia, su relato se volvió incontenible:

—Jane hace la vida imposible a mi prima Mada. La insulta, la llama inútil, boba y no sé cuántas cosas más. Que si no vales para nada. Que si te voy a internar. Que si en esta casa mando yo. Así todo el día, comisario. Jane nos trata mal a todos. También a las sirvientas, al cochero. A la nodriza que vino a criar a Carmencita, la última en nacer, la arrastró de los pelos por todo el salón... ¡No sabe qué sufrimiento!

—Son datos interesantes, muy interesantes —musitó el hombre—. Y Mada, ¿qué dice Mada?

—Mada —gimió Soto— es una santa. Bastante tiene con no dar más pesar a su padre. El pobre lleva años tragando quina...

—¿Cuántos años tienes, Soto?

—Diecinueve —contestó ella—. Los suficientes para saber qué pasa en esa casa.

—Y qué más pasa. Dímelo... —urgió él.

—Comisario, ya se lo he contado. No quiero hablar más de la cuenta y me temo que ya lo he hecho.

—Entiendo —concedió Roda—. Deja que te haga una pregunta más: a la luz de todo esto que me has contado, ¿tú crees que alguien podría haber hecho daño a Sarah Stuart para vengarse de Jane?

Soto se retiró las últimas lágrimas de los ojos, dudó unos segundos entre contestar con sinceridad o guardarse para siempre lo que pensaba. Dudó hasta que le dolieron las palabras y, utilizando un tono de voz que hasta a ella la sorprendió, dijo:

—Cualquiera ha podido matar a Sarah... con tal de cobrarse el dolor que su hermana ha provocado.

La crueldad de sus palabras dejó sin aire al comisario Roda.

### CAPÍTULO 3

---

Poco antes de que el comisario iniciara sus pesquisas, a primera hora de esa misma mañana, el alcalde de Comillas, a quien se le daba bien comunicar desgracias a sus vecinos, había informado a la familia Riva del asesinato de Sarah Stuart. Don Santiago, un hombre recto, de firmes convicciones y esmerada educación, fue el encargado de recibirlo en su despacho de Salvedra, nombre con el que se conocía a la casona de los Riva.

—Alcalde, ¿qué le trae por aquí? —preguntó sorprendido por la inesperada visita.

—Me temo que no traigo buenas noticias —acertó a decir el regidor. Y, sin derrochar palabras, procedió a explicar lo sucedido.

—¿Qué está diciendo? —preguntó don Santiago incrédulo—. Debe de ser un error.

—No, señor. No hay error alguno. Siento ser yo quien le informe —se lamentó.

—Pero dígame... ¿Dónde ha aparecido el cuerpo? ¿Están ya buscando a los culpables? ¿Qué saben en la comisaría? —disparó don Santiago aturdido por la noticia.

—El cuerpo ha aparecido en la playa. En cuanto la autoridad lo disponga, alguno de ustedes tendrá que identificarlo y, a partir de ahí, procederemos como usted quiera.

—Lo hará mi esposa, claro, ¡o yo mismo! Pero primero

debo hablar con ella, compréndalo, alcalde. —Don Santiago dudó unos segundos antes de dar la instrucción que improvisó sobre la marcha—. Después velaremos a mi cuñada en esta casa.

—Así haremos, señor Riva. Permítame que vuelva a expresarle mis condolencias y no dude de que detendrán al culpable.

—Confío en las autoridades, alcalde.

—Y más ahora... La Justicia debe actuar rápido porque el rey está a punto de llegar.

—En efecto, en efecto —refrendó don Santiago.

Don Santiago trató de contener las emociones, pero cuando se quedó solo en el despacho, sintió que la enorme responsabilidad de comunicar la noticia a su segunda esposa empezaba a menguarlo, a él, que era alto y de solemnes hechuras. Nunca se había visto en semejante tesitura. ¡Un asesinato en esa familia! No dio crédito a su pensamiento.

Hasta entonces, lo peor de su vida había sido comunicar a su hija Madalena el fallecimiento de su madre. De eso habían pasado doce años. Doña María Fernández murió ahogada en vómitos, escalofríos y fiebres altísimas que ni los caldos ni los vinos pudieron controlar. Por suerte, tuvo algo de tiempo para preparar a Mada y, de alguna manera, la niña, con solo cinco años, entendió que la muerte era consecuencia de la vida. Ahora tendría que enfrentar a Jane y a sus otros tres hijos engendrados con ella a otra muerte cargada de violencia. Carmencita, que tenía poco más de un año, no se enteraría de nada, pero temía las preguntas de Alfonso, de siete, y de Maddie, la mayor, que tenía nueve.

—Un asesinato, ¿cómo se explica? —dijo en voz alta conteniendo el estupor.

No encontraba mejores palabras para amortiguar la realidad que las que había utilizado el alcalde, así que, cuando creyó tener hilvanado el discurso, llamó a su esposa y a sus cuatro hijos, y les comunicó la noticia.

Los gritos desconsolados de Jane traspasaron el horizonte del Cantábrico. El mar se agitó, las olas golpearon con furia los acantilados de Comillas y la familia Riva se rompió en miles de pedazos que nada ni nadie sería capaz de recomponer. Las maldiciones de Jane se clavaron como puñaladas en las paredes de Salvedra. No habría paz ni para los muertos ni para los vivos.

—¡Que Dios nos pille confesados a todos los de esta casa! —se oyó rumiar a las sirvientas, pertrechadas en sus dependencias.

Una vez agotado el repertorio de exclamaciones, don Santiago retomó la palabra:

—Y ahora —le dijo a la esposa— vamos a comisaría. Hay que reconocer el cuerpo de Sarah. ¿Quieres que lo haga yo, mi amor?

—No —musitó ella—. Lo haré yo. Quiero verla —confirmó mientras buscaba la mirada de Mada.

La mayor de los hijos de don Santiago asistía a la escena sin pulso. Mada no sabía ni qué hacer ni qué sentir. Solo le preocupaba que su padre descubriera la atonía de sus emociones.

Conmovidos unos más que otros, no hubo nadie en Comillas que no sintiera el zarandeo de la muerte violenta. Ni los más viejos recordaban un asesinato igual. ¡Una mujer que estaba de paso, que no tenía enemigos ni pleitos que lo justificaran!, siseaban entre ellos. ¡Y en los días previos a que don Alfonso XII llegara a Comillas!

Ese año de 1882 el rey atendía, por segunda vez, la invi-

tación estival del marqués de Comillas. El ajetreo había alterado la habitual tranquilidad de la villa: no podía producirse el más mínimo fallo que diera al traste con su buena fama. Así, los enviados de palacio encargados de la intendencia se mezclaban con los obreros y artesanos de Santander y Barcelona que trabajaban de sol a sol. Las casas ya lucían engalanadas con flores y banderas como el verano anterior, y la población entera esperaba ansiosa al monarca para asistir a sus paseos y a sus baños de pleamar. Gracias a la familia real, Comillas podía alardear de ser destino vacacional de aristócratas, en competencia con la playa del Sardinero, adonde, desde hacía años, viajaban miles de madrileños hartos del polvo de Recoletos y deseosos de encontrar cura para sus achaques y enfermedades.

En esas andaban cuando lo de Sarah Stuart y, de la noche a la mañana, sobre sus habitantes y sobre los cientos de trabajadores se extendió una sombra de sospecha.

Hasta el aire se había enrarecido.